

# ECO DEL SEGURA

AÑO V.

CIEZA 17 ENERO DE 1909.

NÚM. 189.

## BANCO DE CARTAGENA

CARTAGENA, MURCIA, SEVILLA, ALICANTE, HUELVA, CÁDIZ, LA UNIÓN, ÁVILA, GRUPO, VIZCAYA, BILBAO, CIEZA, CARAVACA, MELILLA Y MADRID

### CAJA DE AHORROS

|  |                    |
|--|--------------------|
| Saldo anterior . . . . .                 | Ptas. 8.522.091'71 |
| Imposiciones durante la semana . . . . . | 510.692'64         |
| <b>SUMA.</b> . . . . .                   | Ptas. 9.068.744'35 |
| Reintegros . . . . .                     | 314.104'67         |
| <b>SALDO.</b> . . . . .                  | Ptas. 8.754.669'68 |

Cartagena 9 de Enero de 1909.

SUCURSAL DE CIEZA. HORAS DE DESPACHO

CAJA: De 9 y 12 a 1. y de 2 y 12 a 4 y 1 p.  
OPERACIONES Y GIROS: De 10 a 1.

## EXPANSIONES

Cada persona, aun de los más fáciles asuntos y más baladíes cuestiones, opinamos de forma distinta, y aducimos, porque las tenemos de sobra, razones de peso é incontrvertibles.

Hay quien sostiene que la pena de muerte, por ejemplo, deba desaparecer, fundando su aserto, en que el hombre no está facultado para matar al hombre; y que el verdugo, amparado por la Ley para disponer de la vida de un semejante, es tan criminal como aquél que mató en un momento de desgracia de embriaguez ó de arrebató, de obcecación ó bien de locura; y hay quien opina, en contra, que la guillotina se impone como freno que sirva de valla ó dique de contención al desbordamiento de los actuales desafueros.

Y lo mismo en esta cuestión de vida ó muerte, que en cualquier otra, surgen á primera vista secuencias empuerados, ardorosos defensores ó detractores faribundos.

De lo dicho se infiere y de lo expuesto se deduce, que la humanidad entera está desequilibrada, y que en los manicomios, como dijo el sabio, «ni son todos los que están, ni están todos los que son»; que los hombres se avorindan las formas de pensar, como si fuesen prendas de vestir; que los hombres no son en la forma, externa como realmente lo son en la interna, porque como dice el refrán: «Una cosa es pretender y otra dar trigo».

Y que resulta de ello? Que en la tierra no hay nada oculto, y á D. Fulano, hombre intachable, moral á prueba de bomba ó á macha martillo, que ejecuta en público actos dignos de loores y alabanzas, le es conocido del mundo, con el transcurso de los años, su proceder, y descubierta su trama de pretender

engañar á sus semejantes para lograr algún posterior fin utilitario; porque al Dios de los dioses, no puede Don Fulano, engañarlo, aunque here como el cocolitlo, ni aunque se arrastre por el suelo, como la inmundia serpiente.

Y hay hombres que tienen el valor de sus actos, y no se arredran ante las resultancias de aquellos; pero estos, hombres son de monjes; y por temor al qué dirán, los más, no se resuelven á exponer sus opiniones en público.

Hay pocos hombres como aquél del cuento, quien al confesarse, y preguntarle el confesor si tenía propósito de enmienda, replicó: «Pero, padre, ¿usted me cree capaz de engañar á Dios?»

Por desgracia, abunda el número de los que en público ni comentan, ni murmuran, ni hablan, ni oír haber queriendo de personas ó cosas, en aquellos puntos en que pueda sufrir la moralidad ó menoscabarse el buen concepto; mas luego, en privado, y ocultos en la sombra del no me descubras, ó del te lo digo porque eres tío, hunden en el aprobio y en el desprecigio, á quienes, sin duda alguna, más digno por todos conceptos, que aquél que había la censura.

Ya dijo en este mismo semanario, no hace mucho tiempo, inspirado vate, y con él, nosotros, hay, repetimos:

«tantas ruines pasiones,  
tantas humanas miserias,  
¿cómo no han de producirnos  
hondas, muy hondas tristezas?»

El propósito deliberado de pasar ante el mundo como se quiere ser, hace al hombre que no se conoce así propio, ó que si se conoce no quiere conocerse, realizar actos, de los cuales más tarde y á sus solas se avergüenza; pero ante los hombres, defendiendo la legalidad de los mismos; porque para el que los ejecuta, el verdadero honor, está en alimentar su desmedida soberbia.

Infelices! Todos los hombres somos, sin salvedad alguna, unos desdichados. Yo juzgo mal de mi vecino porque se

acosta tarde, sin saber, ni detenérme á averiguar las razones que mi vecino tenga para ello; y, éste, murmurará de mi porque me encierro en mi casa á la postura del sol; y santamente, les dice á sus íntimos mis maquinaciones y mis fines reprobables, que sólo existen en su cerebro, y que, según él, viven en el mío.

Y ante los idiotas que le escuchan, le inspiro lástima, porque soy un buen muchacho digno de mejor suerte... pero... el vicio me ha llevado y me lleva de la mano por sendas extraviadas, y por esto cometo actos indignos.

El vecino que de mí habla, es desgallegado á su vez por otro, y así sucesivamente la humanidad entera vive espantada por haber muchos doctores que arrojan el veneno de la murmuración.

Y los que tenemos el menor grado de este mal, tan infeccioso como grave, deberíamos alzar á esos desventurados que padecen el tifus de la maledicencia, el colera de la murmuración, ó la fiebre amarilla del desprecigio.

¿No queremos amarlos poniéndolos en el lazareto perpetuo del desprecio absoluto? Pues quitémosles la careta del corazón, preguntemos en público sus faltas sin temor alguno, sin esos secretos á voces, que son los peores secretos; poniendo, si preciso fuera, á contribución de la causa hasta la última felicidad que poseamos.

Los Rayos X, para tratar de las cuestiones sociales, no hacen falta; tienen su aplicación exacta y adecuada. Aquéllas deben tratarse á la luz solar, clara, brillante, limpia y resplandeciente.

El enemigo más temible es aquél á quien hay que combatir sin verlo ni conocerlo.

Por tal razón, descubrímosle y presentémosle al mundo como un can hidrólobo que el mundo le huya y de él se aparte.

contar de cuerpo entero; á algunos que como estos, de esta clase de pino rojo y de pino negro, que tienen su asiento en los floridos, ó locosos y de limbrantes naturales y vitados, de nuestra sociedad, para que los cultivadores entusiastas acudan todos, como uno sólo, á su exterminación.

R. M. CAPDEVILA.

## JOYAS LITERARIAS

### A LA ARREBOLERA

Tristes horas y pocas,  
Dió á tu vivir el cielo,  
Y tú, á su eterna ley mal obediente,  
A no hacerle iras lo provocas.  
Alzas la tierna frente,  
¿Diré en llama ó en púrpura bañada?  
De la gran sombra en el oscuro valo,  
Y mueta y encogida y desmayada,  
Llegas á ver del día  
La blanca luz rosada.  
¿Tan poco se desvia  
De tu ancor la muerte arrebatada!  
Si es pues de otro decreto  
Que el tiempo brava de tu edad taclayas  
En sólo el cerco de una noche fría,  
¿Quézo valdes que huyas  
Con ambicioso afecto  
De croceterie insantes á la vida?  
No inquietes atrevida  
El cano seno á los profundos mareas,  
Que por ventura negran en camino  
De duelo trago á la serrato pino;  
Y en voz de la acogida  
Que en las paldas ontrañas  
Hallaste siempre de la tierra dura,  
Hallaras en sus aguas sepultura.  
¿Qué genal nécio arlor te solicita  
Pariver de Apolo el refrigento rayo?  
¿Qué due de má que en larga copia el mayo  
Vierto, su grave incendio no marchita?  
¿Oh, cómo es error vano  
Fatigarse por ver los resplandores  
De un y blanco lífano  
Que lupio rebá á las flores  
El ilustre yel aliento y los colores!  
Y tú, atrevida y faga,  
Dulce hongo y colado de la noche,  
Si la llama y calor al sol te apaga,  
¿Cuál mayor dicha haya  
Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?  
No es más el tiempo curso de los años  
Que un espejoso número de años.

